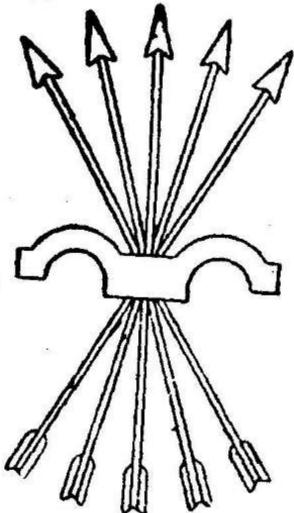


...ese ¡Arriba España! que es movimiento y que es acción... ese ¡Arriba España! que no es el ¡Viva! contemplativo anterior...

(Franco en Burgos, ante el S. E. U.)



La Masonería y las Internacionales no son hijas de la Patria. Quienes las secundan, no son hijos legítimos de España.

(Franco en Burgos, ante el S. E. U.)

AÑO II
Número 52
Segovia 16
de Octubre de 1937
Segundo Año Triunfal
Precio del ejemplar
15 céntimos

LA FALANGE

Redacción
y Administración
San Facundo, 1

Suscripción:
Al mes.. 0,60
Trimestre 1,75

Semanario Nacional-sindicalista de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N-S.

Franco y la camaradería de la Falange

Todas las cosas de José Antonio, tienen una visión tan perfecta de nuestros futuros imperiales, que es natural que Franco, hoy jefe de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N-S., Caudillo y Jefe del Estado español las vea con ese cariño de las profecías sangrientas.

Pero hay cosas que aparte de ser devueltas a su ser verdadero y español por José Antonio, como era de raigambre hispana estaban en todas las conciencias y en toda nuestra historia. Una de estas cosas era la camaradería de nuestra Falange. Se impuso, como todos sabemos, sin una manifestación expresa del Ausente. Se impuso más que nada sin definirse ni delimitarse. Se impuso porque José Antonio obraba con energía y camaradería. El creó la camaradería. No era un concepto nuevo, ni una forma joven. El concepto del más añejo estilo, tan añejo, que sucedía como a los vinos generosos de nuestras bodegas que a fuerza de estar guardados años y años, para hacerlos mejores, llegamos hasta olvidarnos que los poseemos.

No era una forma joven, nueva. Era, sí, una norma para la juventud y no olvidemos

lo que nos seduce a nosotros aquel concepto magnífico de «...los sabores antiguos de la norma y el pan». Así es que era norma, sabor y José Antonio supo darle el gusto agrio y serio, alegre y militar.

Que conste, pues, que «camarada» y «camaradería» eran ya cosas que andaban guardadas, tan bien, que no habíamos olvidado que existían. Por eso el Ausente las impuso, las remozó. Por eso, a pesar de haber sido utilizadas, mejor dicho falsificadas por el marxismo, y a pesar de que no agradan a muchos precisamente por eso, no pueden desaparecer, sino extenderse, enraizarse en nuestra vida y en nuestra sangre, y si José Antonio nos las impuso a los de Falange; Franco, jefe de la Falange Española Tradicionalista, la seguirá imponiendo a sus militantes, y Franco, jefe del Estado, las impondrá al resto de los españoles.

La camaradería no es una cosa de locos, ni de marxista, aunque la hayan practicado «los locos» de la Falange y la hayan querido deformar, quitar su alma, los marxistas.

La camaradería es una cosa nuestra, muy de España. Nadie puede quitárnosla, ni tan siquiera censurarla. Franco y la juventud de la Falange las harán entrar a todos por los ojos y por el corazón.

Decíamos que el Generalísimo veía con cariño todas las cosas de José Antonio. Ciertamente. Si además en cosas como ésta de la camaradería se tiene el criterio del Jefe del Estado español, nuestro impulso de camaradas es cada día más pujante.

Veamos si no a nuestro Caudillo, por tierras africanas, siendo el camarada de sus soldados y de sus legionarios. Veámosle después en la Academia Nacional de Zaragoza, que era jefe y camarada y, para que nadie dude

de que Franco no sólo practicaba la camaradería, sino que la definía, la expresaba con esa misma palabra, el «Decálogo del Cadete», el apartado VIII, estaba escrito de esta forma: «Sentir un noble compañerismo, sacrificándose por el «camarada» y alegrándose de sus éxitos, premios y progresos», y el VI decía: «Hacerse querer de sus inferiores y desearse de sus superiores».

Y en el discurso que les dedica a los alumnos, cuando se clausuró la Academia General, de él mismo son las siguientes palabras: «... Compañerismo que lleva en sí el socorro al camarada en desgracia, la alegría por su progreso, el aplauso al que destaca y la energía con el descaído y el perdido, pues vuestros generosos sentimientos han de tener como valladar el alto concepto del honor...»

Así pues, si la camaradería era tan precisa y necesaria dentro de la institución militar, ya la extenderemos, de grado o a la fuerza, por todo el ámbito nacional, a las órdenes de nuestro camarada, nuestro jefe y nuestro Caudillo Franco.

¡Arriba España!

Católicos

En conversación con distintas personas hemos escuchado, llenos de asombro, la afirmación de que la Falange es tibia e indiferente en la cuestión religiosa.

En verdad, queremos creer en la buena fe de los que así propalan esa especie. Porque de ser guiados por interesadas consecuencias partidistas, hubiéramos abofeteado sus rostros y no entraríamos en discusión con ellas.

Pero tanto y tanto nos atruenan los oídos, que queremos advertir de una vez para siempre, que no cedemos a nadie el primer puesto en la defensa de una idea religiosa, que además de ser la verdadera es la de nuestros antepasados, la española, la innata e íntimamente unida con la gloria y el esplendor de nuestra Patria.

Cesen pues en sus cotilleos, que tanto nos duelen, los que de buena fe nos amonestan y tratan de excitar nuestro celo cristiano. Somos CATÓLICOS y la prueba más evidente de ello es que nos llamamos Falange «ESPAÑOLA» y por si fuera poco «TRADICIONALISTA»; y no creemos que siendo españoles y tradicionalistas podamos ser Budistas, Mahometanos o de los «sin Dios».

Mitad monjes y mitad soldados rezan las palabras de nuestro Ausente. Así queremos a los falangistas y los demás ciudadanos del Estado nacional-sindicalista. Aspiramos a que cada camisa azul sea un sacerdote de su idea llena de espíritu religioso; pero al mismo tiempo exigimos que los sacerdotes sean ciudadanos de ese Estado.

Y para empezar a ser ciudadanos de ese Estado, nada mejor que evitar dificultades y desechar sutilezas.

Vemos la risa fuerte y cascada de los masones, cuando alguien nos achaca la ausencia del sentimiento religioso. Si esa tacha fuera acompañada de la paciente enseñanza de lo que dicen faltarnos, bienvenida sea. Mas como casi siempre es hija de aspiraciones bastardas, y nacida de resentimientos

y temores absurdos, por el bien de ellos y nuestro, que no queremos enemigos sino amigos, cesen en su obra de insidias y practiquen la obra del «silencio».

¿Que los puntos de la Falange carecen de una declaración categórica del sentir católico!!

¿Pero de dónde y desde cuándo es necesario hacer declaración pública y escrituraria de sentir de «una manera», si las obras se acomodan a la pretendida declaración?

¿Pero es que hace falta llevar un cartel, o convertirse en pregonero de una fe para que nos crean pertenecientes a ella?

Y, sobre todo, cuando prácticamente demostramos a la luz del día nuestros sentimientos, ¿es imprescindible hacer alarde injustificado de ellos?

¿No es más conforme con la humildad cristiana, alejada de todo afán de ostentación e hipocresía, el «predicar con el ejemplo» que el empavonarse de un tinte, que no es más que eso, anilina y velo encubridor?

Y, por fin, ¿no existe en la norma de la Falange un punto que es afirmación y contiene un mundo de pensamientos?

NUESTRO MOVIMIENTO INCORPORA EL SENTIDO CATÓLICO—DE GLORIOSA TRADICION Y PREDOMINANTE EN ESPAÑA— A LA RECONSTRUCCION NACIONAL.

LA IGLESIA Y EL ESTADO CONCORDARAN SUS FACULTADES RESPECTIVAS, SIN QUE SE ADMITA INTROMISION ALGUNA QUE MENOSCABE LA DIGNIDAD DEL ESTADO O LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Declaración esta última, natural consecuencia de la primera, que bien claro hace resaltar que «la reconstrucción nacional» la creemos íntimamente ligada con el sentido católico de «gloriosa tradición».



Por la Patria, el Pan y la Justicia

SINDICALISMO

Con el buen propósito de denunciarnos al peligro de que nos creen amagados, algunos lamentan que abramos las puertas de nuestros Sindicatos a masas de obreros que no están bien depurados y cribados y que a su juicio conocen bien por experiencia las enervadas de la vida sindical y un día nos pueden dar la sorpresa de ajusticiar al juez, de convertir al misionero, de cuajar nuestras Asociaciones en copias de las organizaciones extremistas que han llevado a España a la catástrofe.

Nosotros no sentimos temor alguno. Eso no puede ser.

Sin más que leer nuestro brevísimo programa, saben que nuestros Sindicatos son la antítesis de los inspirados por el marxismo y el anarquismo en todas sus graduaciones.

1.º Quedan limpios de toda lastra marxista:

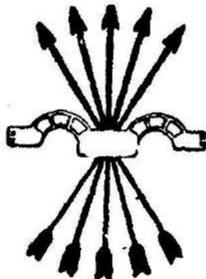
a) Porque rechazan el concepto materialista de la historia... «Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también al marxismo», dice el punto 10.

b) Porque admiten la propiedad privada negada por el marxismo. «El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales...», dice el punto 13. «El Estado nacionalsindicalista permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aun protegerá y estimulará las beneficiosas», añade el punto 8. Es verdad que Falange tiende «a la nacionalización del servicio de Banca y, mediante las Corporaciones, a la de los grandes servicios públicos», pero eso quiere decir que todo lo demás, la más amplia zona de la vida económica queda accesible a la propiedad, privada o familiar, y a la libre iniciativa. Nada de esa retórica envenenadora y absurda de que la propiedad es un robo y de ese artilugio de la PLUS VALIA que ha embaucado a tantos necios ilustrados y que tan absurdamente han digerido tantos conductores obreros pedantes.

c) La tercera característica del marxismo es la lucha de clases. Extrañamente queda del nacionalsindicalismo. «Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases», dice el punto 11. «Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles», dice el punto 7; «impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro», afirma el punto 11.

Sustituirá la lucha de clases por la colaboración de clases al bien común. Todas las clases tendrán que unirse para la noble tarea de fortalecer, elevar y engrandecer a España—punto 1—y no cumplirán ese deber si gastan tiempo y energías en destrozarse mutuamente.

OTRO
ambiente
sindical



2.º Quedan igualmente purificados nuestros Sindicatos de todo matiz franc y esbozadamente anarquista:

a) «Impediremos... la anarquía en el régimen de trabajo», dice nuestro punto 11.

b) Frente a su internacionalismo vagamente humanitario, el régimen nacionalsindicalista impone un hondo sentido nacional y un culto fervoroso a la Patria.

c) La acción directa es una endémica y sistemática rebeldía revolucionaria contra el Estado y nosotros queremos un Estado fuerte que sea instrumento totalitario al servicio de la integridad patria—punto 6—. Ni individuos, ni Sindicatos, ni Corporaciones, ni organizaciones de tipo alguno, podrán sustraerse a su obediencia y al acatamiento estricto de sus leyes.

La acción directa convierte a masas de ciudadanos en un cantón separatista, abiertamente hostil y rebelde al Estado. Eso va contra la unidad de España.

d) El anarquismo puro dice: fuera el Estado. Nosotros decimos: En las cosas «del mundo» por cima del Estado nada. La autoridad es esencial a la sociedad y nosotros la queremos poderosa, tajante e implacable. La autoridad miedosa, vacilante, mediatizada, no la queremos. Ha sido una de las grandes desventuras de España. La duele hoy como la rabiosa carie de una muela.

3.º Es verdad que nuestros Sindicatos no son cofradías, no son confesionales. No queremos que lo sean.

No; nuestros Sindicatos no son escuelas de catequesis. Eso que la haga la parroquia. Además lo hará mejor que nosotros, que para eso no hemos recibido ni preparación ni misión.

Pero dentro de nuestros Sindicatos se acabó la cotización para escuelas laicas o para organizaciones y periódicos marxistas. Se acabó el odio corporativo a la Religión y el menosprecio a sus sacerdotes y la mofa al sentimiento religioso de los camaradas.

«Queremos, decía José Antonio, que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como se merece.»

¿Por qué temer, pues, que los que vienen de otras zonas se apoderen de nuestros Sindicatos y los saturen con su espíritu?

Caras y caretas

A los fundamentos y base moral y material que provocaron y encarna la gesta heroica del Generalísimo, delirantemente asistido por todo el que se precie de ser español, gesta henchida de justicia social, que es librar a los humildes de la dictadura y opresión de los comerciantes de la carne humana—masonería, judaísmo, capitalismo, agitadores profesionales de la política—hay que añadir las pruebas que han dado algunos ilustres hombres de la causa nacional.

Entre los hombres de nuestra causa, figura en primer lugar el general Queipo de Llano. En este caso el militar no ha de conocerse solamente por sus hechos guerreros, y más un soldado que a la par que jefe de una base de operaciones, es el máximo regidor de una región como la andaluza cado de políticos rastreros, sitial del máximo poncio de la masonería española. Martínez Barrio y la región preferida por el jugo capitalista, con sus jornales de hambre.

No pretendemos, al señalar aquí hombres y hechos, adular a nadie. Nosotros, los nacionalsindicalistas, que pretendemos acabar con el doble juego de antesala en los Ministerios y que amamos la vanguardia, porque en ella nacimos, y en ella desgraciadamente para España, moriremos si Dios no lo remedia, señalando a los hombres que desde su elevado sitial, y por elevado, de más imperativo cumplimiento de la justicia, cumplen un deber.

Decíamos que entre los primeros estaba el general Queipo de Llano. De él puede hablar mejor que nosotros Andalucía, y puntualizando más, la bella capital sevillana. Allí, en los primeros días del movimiento, tuvo que hacer frente al cierre de comercios, fábricas y

El trabajo en el nuevo Estado

El moderno concepto del trabajo tiende a la satisfacción de las necesidades espirituales. Y así es. Hasta ahora el obrero—nuestro camarada—aspiraba sólo, a través de su organización sindical, a un mejoramiento de jornal. Reducción de horas de trabajo y aumento de salario. Todas las bases de trabajo que han regulado la producción carecían en absoluto en su articulado del elemento espiritual. Se materializaba el trabajo con el falso concepto de «venta del esfuerzo personal». Y, claro es, si el trabajo es mercancía que se vende, el propietario desea obtener el máximo valor, y de contrario, el obligado a comprarlo aspira a su adquisición por el precio más reducido. Y surge la lucha de clases. Explotadores y explotados son palabras que comienzan a adquirir sonoridad.

Ahucando la voz desde las candilejas de un viejo teatro pueblerino es fácil conseguir a los humildes. La repetición constante sembró en la masa obrera primero la duda, más tarde la certeza. Se estimaron explotados y en ansia humana de mejoramiento, instinto de conservación, buscaron remedio a los males. Las llamadas organizaciones del trabajo lanzaron el reto de la lucha. Declararon guerra al capitalismo y ofrecieron mejoras de salarios, disminución de jornada y, como señuelo, seguro sindical del paro forzoso. Y así las masas obreras, ajenas a toda culpa, se enrolaron en una aventura de difícil salida.

Cuando nació en España el nacionalsindicalismo se les dijo que el fascismo constituía el último baluarte de la clase capitalista, que por todos los medios había que destruirla.

Jamás se nos dejó acercarnos a nuestros hermanos de trabajo para decirles: «Lucha con nosotros para mejorar las condiciones de tu vida». Los que nos conocían no querían querernos, y los que debían amarnos no nos conocían.

El capital es un instrumento económico que tiene que servir a la economía total y que no puede ser, por tanto, el instrumento de ventaja y de privilegio de unos pocos que tuvieron la suerte de llegar antes. (José Antonio)

Caras y caretas

talleres, motivados muchas veces por la coacción capitalista, doble juego de la banda judía. Hizo frente obligando a la Banca privada a facilitar los recursos necesarios para que las empresas afectadas por la crisis y por la maniobra capitalista siguieran adelante y como consecuencia, los obreros no se quedarán sin pan. Con ello ha impedido los atropellos y despidos injustos. Ha revisado las viviendas humildes, ha perseguido la ocultación del capital—porque también esto afecta a la clase media y baja, aunque no tenga capital que ocultar. Promueve ahora la construcción de viviendas económicas en condiciones y garantías suficientes para que sean habitadas por seres humanos necesitados de ello, mediante la aportación monetaria obligatoria del resto de los ciudadanos. Ha desarrollado una labor tan eminentemente nacional sindicalista que, el obrero, antes rebelde en justicia, se le ha rendido incondicionalmente, alegremente, con entusiasmo, hasta el extremo de trabajar sin que nadie se lo hayan pedido las horas necesarias fuera de la jornada legal en beneficio de la economía nacional y entregando el salario a ellas correspondientes para la causa nacional.

Con hombres así, militares y gobernantes a un mismo tiempo, el capital cumple su misión exacta, y el capitalismo desaparece de hecho: la Agricultura, la Industria y el Comercio florecen, y con ello, la clase media y baja vive, porque come. No son desahuciados los obreros de las habitaciones que ocupan, cuando está motivado por la falta de trabajo, ni tampoco las empresas, muchas de capitales belgas y franceses pueden sabotear los intereses nacionales.

¡Arriba España!

Por la Unidad, la Grandeza y la Libertad

IMPERIO

San Quintín

Eran los días primerizos del reinado de Felipe II, el hijo del César Carlos V. Isabel de Portugal, la prudente y bellísima Emperatriz, cuyo cadáver, reducido a la podredumbre de la nada, hizo pensar ya sólo en Dios, al duque de Gandía, y hacer de él un gran santo español, que había de llamarse en la Iglesia, andando el tiempo, San Francisco de Borja.

Nació el príncipe don Felipe en Valladolid, en esa histórica ciudad de Castilla que parece ser símbolo de las grandes empresas de la España inmortal. Vió desde su niñez parameras de suelos descampados y cielos de luces dilatadas y limpias. Allí forjó su genio, y lo que luego se ha tomado como carácter tético y adusto, no fué sino eso mismo, austeridad para las cosas de la tierra y largueza infinita para conservar immaculado y puro el Imperio, todo hecho Hispanidad, que troqueló Isabel I de Castilla.

A su guarda, custodia y dirección quedaba todavía, aún desmembrado, el Imperio alemán, Castilla, Aragón y Navarra. Los Países Bajos y el Franco Condado Nápoles, Sicilia y Milán, las Baleares, el Rosellón y la Cerdeña, Cabo Verde, Orán, Bugía, Túnez y las Islas Canarias; en Asia, Filipinas y gran parte de las Molucas, y en el Nuevo Mundo, Cuba, la España, Perú y Méjico, además de otras islas y posesiones del Nuevo Continente.

Ante tan dilatados territorios no es de extrañar que, desde la iniciación de su reinado, se viese acosado de enemigos y dispuestas las

naciones de Europa a quebrantar tan firmes baluartes, bases inmovibles de esa grandeza y poderío.

Por otra parte, él, todo pureza en su fe religiosa, tiene vivo en la mente el esfuerzo de las luchas que sostuvo su padre contra aquella invasión progresiva y creciente del protestantismo, que ya amenaza con vehementes de realidad incrustarse en España. Llega hasta la soledad de su conciencia la oleada del Renacimiento, que parece va a sumir a Europa entera en la molición, en la sensualidad, y en el culto más desenfrenado a los placeres de la vida. Piensa que quizás hasta el mundo cristiano pueda volver, siguiendo tal camino, al paganismo; percibe con fina intuición ese peligro, y despertando en su inconsciente el espíritu combativo de sus padres y abuelos, cuya sangre circula por sus venas, comprende que las armas de España precisan de un gran triunfo en el mismo corazón de esa Europa enfermiza, y rápida, al cruzar la mirada, se ha detenido en Francia, que ya desde hace tiempo le provoca y es además amiga y aliada de esos intriganes Caraffa, que tanto perturbaban su política, y por ello, y para inmovilizar esa ofensiva, pone sitio, pelea y se bate y vence en San Quintín, escribiendo los soldados de España una de las páginas más gloriosas de su historia de guerra.

Don Manuel Filiberto de Saboya fué el capitán de los Tercios de España en aquella heroica epopeya. Le acompañó el virrey de Sicilia, don Fernando de Gonzaga, y le si-

guen con fuerzas aliadas los pechos indomables de Castilla, hacia esa ciudad de San Quintín, plaza fuerte y a la vez fronteriza de Francia y los Países Bajos, acosando con el dominio de la táctica y la energía de sus hombres a las franceses, rompiendo el frente, como ahora se diría, desbaratándoles y llevando a sus filas la derrota y la muerte. Era la fecha memorable del 10 de Agosto de 1557, en que la Iglesia celebra la festividad del mártir San Lorenzo.

Rendida San Quintín, Filiberto de Saboya se acerca al Monarca español y, queriendo ponerse de rodillas, para en esta inclinación cortesana besar su mano real, Felipe II le estrecha entre sus brazos y le dice: YO SOY QUIEN DEBE BESAR VUESTRAS MANOS, QUE HAN GANADO UNA VICTORIA TAN GLORIOSA Y QUE TAN POCOS SANGRE CUESTA.

España se cubre así de gloria en San Quintín, como luego se hace en Gravelinas, y más tarde en Lepanto, paseando triunfante su voluntad de Imperio, al tiempo que flamean victoriosos los estandartes de rica tela de damasco rojo, recortando entre el recuadro gótico de bellas filigranas, recamadas de plata, leones y castillos unas veces, y otras las suaves siluetas del Crucificado y la Virgen María.

Grabada quedó fecha tan señalada en la memoria del católico Rey. Y es que además seguía azotando a Europa el vendabal de la Reforma; por ello, de paso que los designios tenebrosos de sus gerifaltes sabían lanzar al

pueblo tumultuado con su táctica de todos los tiempos y los símbolos de la religión cristiana, en la España inmortal y señora del mundo de la verdad y de la fe se iba alzando hacia el cielo suplicando perdón un magno Monasterio, que termina con una inmensa cruz y colocado por las manos piadosas de Felipe II, bajo la protección del mártir San Lorenzo.

Decidida esta empresa, no más tarde de seis años después de la jornada victoriosa, en Abril de 1564, la fuerza inquebrantable de tanta voluntad, había hecho desbrozar de estepas y jarales el sitio que su perspicacia eligiera en una de las enmarañadas laderas de la vertiente sur de la sierra de Guadarrama, para poner allí, solemnemente, en una fecha memorable, la primera piedra del Monasterio de El Escorial, como justa conmemoración del triunfo inolvidable de San Quintín, que sobre los Ejércitos franceses alcanzaron las armas imperiales de España.

Recio, rectilíneo y duro resultó el Monasterio. Tal como también era la persona y el genio de su autor, su plano en forma de parrilla, porque así recordaba el Martirio de su Santo Patrón, y también para avisar al mundo de la sensualidad y la herejía con su masa a la vez imponente y piadosa que frente al extravío de un Lutero, un Muncer o un Calviñi de ayer o la Rusia soviética de hoy, se opone amenazante e invencible el fuego purificador y el juramento eterno de la raza hispana, afirmando rotundo que aquí, ni antes, ni ahora, ni nunca, harán nuestra patria su casa los sin Dios.



Por la unidad católica del Imperio

¿Qué es el Imperio? Le tuvimos en los brazos, mientras fueron robustos, para levantarle a la envidia y al ejemplo de Europa. Nos queda de él el recuerdo descolorido de los historiadores y de los poetas. Pero ahora yo no encuentro otra definición más joven y más exacta que la de nuestro JOSE ANTONIO.

El ha dicho: «El Imperio español es la unidad teológica y espiritual y la unidad física y la unidad histórica».

En suma, la unidad como raíz de Imperio, como misión y destino.

Muere, gloriosamente vencida por España, una Edad Bárbara en la Historia. Sobre sus cenizas en dispersión—porque ha sido «dispersión y rebelión» este ciclo nefando de la Historia—debemos volver a confesar muy alto la unidad de la Patria, de la Cultura, de la Historia, porque todo esto es la unidad de la vida. Pues vueltos a la enseñanza ejemplar de la Historia española, es la misma, aquella fe viva, ardiente hasta la confesión del martirio, que del Pilar de Zaragoza se empinaba sobre la columna de Osio para lucir después con los Concilios de Toledo, en las bocas de los misioneros ultramarinos para gobernar las enseñanzas ecuménicas de Trento. Uno el pensamiento en el maestro Fray Luis, y en el maestro Vitoria: la misma cátedra de Alcalá o de Salamanca, la que encuentra tornavoz en las más célebres Universidades europeas bajo el Imperio dulce de nuestra dulce lengua. Y hay en el Fuero Juzgo en las Partidas, en las «Leyes de Indias», la unidad interior española, por la Justicia y por el Derecho, fecunda para regir los destinos universales de los pueblos. ¡¡Unidad física y territorial de España!! Pues aquella victoria de las Navas, que congregó el heroísmo de leoneses, castellanos, navarros y vascos, aragoneses y asturianos, puso en un frente la misma corona de laurel de los jardines de Granada, para hacerse a los Océanos Imperiales de América y dominar Flandes, Italia y el Oriente. ¡¡Esto es el Imperio!! El fruto jugoso y necesario de una encina robusta, eterna, enraizada en la tierra llana de Castilla.

Pero en frente de tanta grandeza—oro del Siglo de Oro—los enemigos de la Patria tomaron sus posiciones de combate. Una postura criminal contra España. Las denunció JOSE ANTONIO. Muchos—porque la cantidad

es elemento vertebral de lo gregario—aparentaron amor a la Patria hasta el paroxismo. Era un amor blando, mercenario, fácil como el amor de la mujer mala; estaba cuajado el patriotismo de bambalinas, de cintajos, del «ta, ta, chí», en los pasodobles de verbenas, explosión localista como la pandereta y el madroño. Pues con todo esto era una falsificación, un entusiasmo físico y carnal, había de dar al traste con el «ser» de España que eterna expresión de los valores espirituales.

Y le dió la puntilla—y permitidme que use esta expresión taurina como sentido de lo español genuino—; esa otra «postura de ironía» que adoptaron con los separatistas, buena parte de los intelectuales nuestros. ¡¡Qué cómodo ser embajador en París o Londres, profesor o enviado en las Universidades internacionales y, con el oro nuestro y nuestro nombre, confesar desde fuera—la sonrisa en los labios mordaces—que vivimos retrasados un siglo, que la morería comienza en los Pirineos, que debemos europeizar a España!! ¡¡Qué cómodo y qué criminal!!

Pero en medio de estas dos falsas posturas, latía la voluntad de Imperio porque España no podía perder su misión y su destino. Estaba la tradición exacta en la boca de la abuela, y en la llama del hogar, y en el rito que calentaba y guiaba a la verdadera familia española. Estaba la voluntad de Imperio: el amor que, resucitado por JOSE ANTONIO, es amor de disgustos y de crítica, en guerra y realidad afortunadas.

Nos da disgusto y asco a los soldados de la Falange la gruesa caricatura patrioterista de esa «cosa tan delicada y exacta que es España» y exigimos con amor de crítica, volver al examen de estos últimos siglos de nuestra Historia para vindicarla; para decir ante el mundo que estamos a la cabeza del espiritualismo, a la cabeza de la especulación, a la cabeza del valor y del heroísmo, venciendo al comunismo en la guerra porque tenemos voluntad imperial y católica.

¡¡Amor de disgusto y de crítica, amor fecundo de la Falange!! Precisamente porque está hecho de esas grandes virtudes creadoras, que son el Sacrificio y el Servicio.

FERMIN IZURDIAGA LORCA

L A B O R

Camarada maestro de la nueva España: Como nos dirigimos a un profesional, no necesitamos grandes esfuerzos para convencerte de la obligación en que estamos de salvar de entre los escombros de la España vieja el puro diamante de nuestra Escuela tradicional, desfigurada por doctrinas foráneas y descorazonada de nuestro viejo tronco secular. Bien sabes que el estrago causado a nuestra pobre Patria ha venido en gran parte por el camino de la Escuela y es necesario que por ese mismo camino empiece el de nuestra recuperación como pueblo cristiano y occidental que tiene, entre otras misiones, la imperial de resucitar el alma de la Hispanidad.

Queremos que el Magisterio se sature de las nuevas ideas que, después de todo, son muy viejas, aunque adentradas en odres recién fabricados después de esta lucha cruenta y necesaria para la formación del gran espíritu nuevo.

Queremos ofrecerte una publicación seria, apasionada y todo lo trascendental de que seamos capaces. Queremos servirte los prin-

A los maestros de la nueva Escuela

cipios de nuestra Pedagogía hispánica, aquella que se ha formado lentamente en el genio vital de nuestra raza; la que está en el antepeda del nacionalismo seco, antiespañol y anticristiano; la que nace de la frente del sentimiento y del corazón, que también tiene sus verdades pedagógicas, aunque no las comprendan los fautores de la lógica sin entrañas del dos y dos son cuatro; queremos, en fin, que veas cómo con Pedagogía seria y española se puede hacer una España sencilla, clara, alegre, plétórica de cordialidad,

pues no queremos que olvides que preferimos el niño bueno y fraterno al sabio y estéril; queremos, en fin, hacer y proporcionarte una «Revista de Educación Hispánica» mensual, que te lleve al apartamiento de tu aldea el vigor de esta España que renace y el afán de esta Escuela con que soñamos.

Esta revista tendrá diferentes secciones, a saber: a) Doctrinal; b) Técnica escolar; c) Lecciones ejemplares; d) Problemas profesionales; e) Crítica legislativa; f) Comunicaciones extranjeras sobre educación; g) In-

formaciones sobre profesionalismo extranjero; h) Revista de revistas; i) Revista de libros y todas aquellas que la realidad de cada instante nos aconseje.

Para esta publicación necesitamos tu ayuda, cabalmente porque nosotros también hemos de aportarla para darle vida. No se busca con ella interés crematístico de ninguna clase; para nosotros, falangistas, representa un acto ordinario de servicio a la nación; queremos que de esta obligación de servirla, nadie que sea maestro deba eximirse. Por eso tiene que ser obra común, como son todas las obras perdurables.

Ponte de nuestra parte siquiera para esta gran tarea de levantar a España sobre la base de su propia doctrina, y piensa que cuanto hagas por tu España lo haces por el niño y cuanto hagas por el niño lo haces para el cumplimiento del alto destino nacional que el próximo futuro nos reserva.

Saludo a Franco: Arriba España.

La Delegación nacional del S. E. M.

La Escuela Nacional

En la escuela nacional, como inmueble, como finca urbana, nada podemos hacer, porque o la ofrece el Estado o la facilita el Ayuntamiento, y en ambos casos no tenemos más remedio que tomar lo que nos den... por ahora. Pero si nuestra intervención es casi nula en el emplazamiento y construcción del edificio escolar y muy limitada en la elección de los locales para los servicios de enseñanza, una vez entregados nos encontramos con un margen de libertad que, bien administrado, será fuente inagotable de felices iniciativas, que mejorarán las condiciones higiénico-pedagógicas de la escuela.

La buena distribución del campo de recreo, si lo hay, el aprovechamiento de las galerías, el decorado de las aulas, el acoplamiento del menaje, la colocación de persianas, la adquisición del material, la formación del museo, el servicio de biblioteca; todo eso y algo más cae bajo la jurisdicción exclusiva del Magisterio, y del mismo modo que el acierto en el uso de sus poderes dará en todo momento motivo para una expresiva felicitación, el descuido, la pereza, la negligencia o apatía en ejercerlos ha de producir los efectos opuestos, ya que el maestro, como primer beneficiario de las mejoras que se pueden introducir es doblemente responsable de las deficiencias que se adviertan.

Mientras se trabajaba en caserones destaralados y dentro de las aulas incómodas con vistas a calles estrechas o corrales inmundos, era disculpable que el Magisterio no se preocupase del aspecto estético de la clase. Mas cuando, como ahora, disponemos de edificios adecuados o de salas ventiladas y capaces, hay que pensar en esa necesidad; es preciso hacer mucho en este sentido, no sólo por la obligación que pesa sobre nosotros de despertar, estimular y fomentar el amor a lo bello, sino por imperativo de nuestra propia comodidad y hasta egoísmo.

El campo escolar permite desarrollar interesantes iniciativas: árboles de adorno y de sombra, emparrados, un gran mapa sobre el suelo, experiencias agrícolas, trabajos de agrimensura... Todo ello fácil de conseguir a un maestro entusiasta, porque para tales innovaciones contará con la colaboración de

los alumnos y de los padres, que por su condición de labradores estarán propicios a presarla.

No somos partidarios de los mapas colgantes, de los carteles, de los cuadros y estampa en las paredes; pero tampoco es práctico mantenerlas completamente blancas.

Es, a nuestro entender, más útil que las paredes, el techo y las ventanas de las aulas y galerías estuvieran decoradas con asuntos apropiados. Paisajes, motivos históricos, pensamientos patrióticos, etc. Constituiría un incentivo para excitar la emoción estética, y los escolares encontrarían un medio grato de aprender u ocasión para cultivar sus aficiones artísticas. Procúrese completar el cuadro con profusión de macetas, que si en todas partes son deseadas y utilizadas, en la escuela representan un elemento decorativo, un arsenal de conocimientos y un excelente recurso para la educación moral.

En el aseo, limpieza e higiene, tanto del local y el material como de los alumnos, el maestro debe ser inflexible, procediendo de absoluto acuerdo con el vocal médico.

En las clases de párvulos y de niñas ha prendido, por fortuna, la costumbre de cubrirse con delantales blancos, y no faltan

clases de niños donde se va introduciendo el uso del baberillo gris.

No ignoramos la resistencia que presentan las familias, pero hay un momento en que se allanan a todas las exigencias; cuando solicitan el ingreso de sus hijos, que debe aprovecharse para que el niño entre con su correspondiente guardapolvo. El instinto de imitación tan arraigado en los pueblos, la recomendación del profesor y los frutos de la escuela realizarán el milagro.

Para los múltiples accidentes que pueden ocurrir durante las horas de clase convendría que, para tales contingencias, contara la escuela con algún recurso. Y este recurso pudiera ser un pequeño botiquín, cuya instalación representa un gasto insignificante, porque advertidos todos de su finalidad, no habrá médico ni farmacéutico, ni vecino que niegue su concurso material para establecerlo.

Las crisálidas pedagógicas, presumiendo de una autoridad que ellos mismos se adjudican, nos quieren enseñar que la escuela moderna ha de ser alegre, coquetona, simpática y atrayente, lo cual es una de las infinitas perogrulladas que se leen, aunque no deberían leerse en ciertos libros.



El enseñar para aprender y saber requiere estudios y técnicas apropiadas. El aprender para repetir simplemente requiere estultez, porque sólo los estultos e incapaces pueden soportar la repetición y el sonsonete de las mismas palabras. Para eso en verdad sobra el maestro y vale cualquiera. Los problemas que tiene España, son producto de una gran incultura de los de arriba y los de abajo, lo que prueba la ninguna influencia del colegio y la escuela.

Si queréis volver a la escuela tradicional, sois unos niños, por no decir unos mentecatos, que no sabéis aprender en la experiencia. La esencia de lo tradicional está en la eternidad de nuestros valores espirituales y cristianos; pero el modo de aplicarlos varía, según la evolución del vivir en el tiempo. Por eso es una gran verdad que la Historia nunca se repite.

Hay que aprovechar las lecciones de la vida y variar los modos de enseñar porque, de lo contrario, la escuela o no será nada en la sociedad, o será, a lo más, una sencilla cataplasma. Se impone, pues, una escuela nueva para una España Nueva.

Se cuenta de un pedante puericultor, me-nos puericultor que pedante, que reunió a las mujeres lactantes de un asilo para reconvenirles porque los pequeñuelos estaban débiles, famélicos, depauperados, y para exponerles un pian completo de crianza, les habló del aire, del baño, del sol, de la papilla..., mas, de repente, se vió interrumpido por la voz bronca y destemplada de un estómago «desalquilado», que le dijo: lo que usted acaba de aconsejar lo recomendaba mi abuelo, que era practicante; pero agregando una prescripción que usted ha omitido, y es: que nos sirvan perdiz al mediodía y pollo por la noche.

Y lo mismo había que argüir a los descubridores del Mediterráneo escolar. Ofrezcáanse pabellones lindos y mueblaje adecuado, y material copioso y consignación suficiente; póngase al maestro patriota en el plano social y económico que le corresponde, que eso es la perdiz y el pollo reclamados por la madrina del cuento, y nuestra escuela, de débil, famélica y depauperada, se convertirá en institución robusta, productora de útiles rendimientos, incubadora de nobles ideales y definidora de la verdad, de la virtud y el bien.

Mientras esa aspiración se traduce en realidad, no debemos de permanecer cruzados de brazos. Es preciso elevar el crédito de la escuela, es necesario intensificar su influencia aumentando su prestigio, hay que rodearla de prestigio, hay que reanimarla, vitalizarla y españolizarla para multiplicar, para potencializar su poder difusivo.

Nos dicen que debe ser alegre y simpática, y contestamos que eso no basta; nosotros queremos que sea un vergel, un jardín espiritual, en donde cada alumno encarne una flor; que sus trabajos, ejercicios y actividades sean los colores variados que maten la clase; que la bondad, el afecto y el auxilio recíprocos, la educación, en fin, sean el aroma que perfume los corazones.

Nos advierten que la escuela debe ser coquetona y atrayente, y respondemos que aún hay un ultra, un más allá, porque nosotros queremos que sea una jaula de oro, sin puertas ni cerraduras, una jaula abierta donde cada escolar sea un pájaro humano.



V I D A

EL S. E. U. EN BURGOS

Habla el Caudillo--camisa azul bajo la guerrera--a 30.000 estudiantes nacionalsindicalistas

Juventudes de España: Os habéis congregado en esta fiesta de unidad, fiesta clásica española, que rememora la fecha gloriosa de la unidad nacional. En este momento solemne, en que daís ejemplo a España con la unidad de las juventudes universitarias y escolares, os dirijo la felicitación más grande, la más entusiasta, la más pura, salida del fondo del corazón de quien, por amar mucho a España, quiere a sus juventudes unificadas, y ve en ellas el presagio de que la obra nacional ha de ser duradera, porque tiene de guardianes, con los fieles soldados de las trincheras, con los bravos falangistas, con los heroicos requetés, estas juventudes universitarias, escolares que, lleno el corazón de alegría, se unen todas por España.

Hoy, día de la Raza, fiesta de la Hispanidad, podemos ofrecer al mundo y a nuestros hermanos de América el fruto de un año de trabajo, el resurgir de un pueblo, el ímpetu de una juventud, el espíritu de una raza, ejemplo glorioso de sacrificio y hondo espiritualismo. Y puede presentar este espiritualismo el campo blanco, pero espiritualismo también en el campo rojo, ansia de ser nación, ansia de ser grande. Juventud apretada, juventud sufrida; boinas rojas y camisas azules, símbolo de la unión en el trabajo que ha de hacer grande a España.

Pureza de ideales ha de ser lema de la juventud. Pureza de pensamiento. Un afán de ejemplo, de sacrificio; que la bastardía no anida en corazones españoles, y pertenecemos a una raza de hidalgos que supieron imponer a un mundo sus leyes y llevaron su

bandera a través del Atlántico. Bosque de árboles corpulentos y robustos, ha de ser la juventud española, con los troncos altos y esbeltos, que eleven sus copas al cielo, pero apretados, unidos, para ser más fuertes, y no como aquellos intentos anárquicos que, con sus troncos deformados, se mostraban incapaces de dar madera para la construcción de la Patria, ni de prestar servicio alguno a la madre España.

Ayer fueron nuestras Universidades, nuestros Colegios mayores, nuestros Seminarios, los que cuidaron de la juventud, los que guiaron su camino, los que instruyeron a la infancia, los que le imprimieron esta espiritualidad, esa fe, ese entusiasmo, de aquellas otras juventudes que hicieron renacer aquella edad dorada en que se suceden los triunfos, en que se suceden las glorias; aquella edad dorada, fruto de una espiritualidad, espiritualidad que incrementamos mucho y espiritualidad que fué decayendo, que fué perdiéndose al compás que entraban en el solar español los extranjerismos, al compás que el materialismo invadía todas las actividades. Y conforme se iban perdiendo la pureza de costumbres, la pureza de pensamiento, la idea de sacrificio, surgían las épocas degeneradas, surgieron estas juventudes que vieron perder un Imperio, y no alzaron los brazos como vosotros, ni se movieron como vosotros. Por eso hemos de cuidar la educación de la juventud, de esta juventud gloriosa, esta juventud ejemplar que haciendo un lema de la

disciplina y de la jerarquía, no basta al servicio de la nueva España.

Sacrificio, servicio, hermandad, trigología hermosa, lema para nuestras juventudes; juventudes que a través de la historia fueron jalonando los grandes acontecimientos de la vida de España.

En nuestras grandes afirmaciones, en nuestro gran despertar del pueblo, han sido siempre las juventudes universitarias y escolares las que formaron la base y dieron la pauta en el camino de la gloria. En 1808, fué la juventud española universitaria la que, incorporándose a nuestros guerrilleros, dió a la Patria aquellas jornadas de gloria. En el Segundo Año Triunfal, que terminamos, fueron también los estudiantes, escolares, con sus títulos de bachiller, los que se encuadraron en nuestro glorioso Ejército nacional. Nunca fué un Ejército más fiel reflejo de un patriotismo tan exaltado como el del pueblo. Nunca pudo un pueblo considerarse mejor representado por sus institutos armados, llenos del mismo patriotismo. Patriotismo exaltado en las gentes, en sus actos y en sus palabras. Y con este patriotismo grande, este patriotismo profundo de que sois fe y sois la encarnación de mañana, damos un mentís rotundo a los manipuladores extranjeros, a las cancellerías que especulan con el territorio español, ventas de España, cesiones del algo que sea español: nada de eso cabe en el espíritu de la España nacional, no cabe en el resurgir de nuestra juventud. Las cesiones y las traicio-

nes son hijas de la masonería y de las Internacionales.

La masonería y las Internacionales no son hijas de la Patria. Quienes las secunden, no son hijos legítimos de España. La cesión de Baleares y la venta de Marruecos, no son sino un medio para destruir a España. No se preocupen las cancellerías del mundo, España se basta a sí misma para defender su territorio. España reivindica hasta la última pulgada de la tierra que le pertenece. España no admite especulaciones con su soberanía. Un año largo de guerra y buen gobierno, es un ejemplo que brindamos al mundo. ¡Vengan los periodistas extranjeros, vengan las comisiones internacionales, visiten nuestras ciudades y dejen afuera equívocos, que la España grande, la España fuerte resurge de las bayonetas de la juventud, resurge de las aulas, de nuestras Universidades, resurge en la vida toda de España!

Y así, en un ambiente espiritual, vigilante, con conciencia del momento y de la misión de cada día, hemos de marchar alegres por nuestros campos, con este grito, con este ánimo que es grito ya de España, porque está bautizado con la sangre de nuestra juventud, ese ¡Arriba España!, que es movimiento y que es acción, ese ¡Arriba España!, que es el resurgir de un pueblo, ese ¡Arriba España!, que no es nuestra unidad con el pasado, ese ¡Arriba España!, que no es el ¡Viva! contemplativo anterior, al contrario, lo levanta, lo hace marchar porque es grito de guerra, es el grito del resurgir, el grito de nuestra juventud española.

Bombones y Caramelos

Continúa habiendo en las capitales de provincia la plaza de la «CONSTITUCION».

Recordamos a este propósito el sucedido en una ciudad del Levante. Se iba a proceder a honrar la «memoria» de un insigne mangante de las Cortes republicanas. Habían acudido al festival representaciones de varios partidos, y en el momento de descender el velo que cubría la lápida conmemorativa, vieron con asombro y pavor que en el mármol, con letras grandes y precisas, rezaba esta leyenda. «CALLE DE JOSE ANTONIO».

Y conste que sólo se trataba de enaltecer la figura de un radical socialista, de modo que cuando se perpetúa en una lápida, una «CONSTITUCION» amparadora de todos los «vainas» que en el mundo político han sido, no podemos responder de las consecuencias que puedan venir.

A la fiesta organizada por la Propaganda del Estado, el día de la fiesta de la Raza, faltaron las mismas personas que a las que organiza la Falange. Empezamos a ver claro. Faltan siempre los «sin raza».

Decir que en España amanece, significa además que el sol saldrá para todos aquellos que no estén en la «sombra».

Los hay que padecen «miopía española». Otros «ven» demasiado. Dos cosas contrarias se completan. Luz, más luz, oscuridad.

Cuando por falta de recursos nuestro semanario amenace desaparecer, le seguiremos publicando. Entonces «empezaremos a escribir».

«El hábito no hace al monje, la camisa no hace al falangista.»

Nosotros entendemos la tradición así: «hacer lo mismo que harían Colón, Hernán Cortés, Cisneros y Torquemada... si se encontraran viviendo en el siglo XX y en las actuales circunstancias».

Los viajes, primero se hacían «a pie», después «a caballo», más tarde en diligencia, y ahora, ¡¡oh, el progreso!! en un

TRACCION DELANTERA

Linea recta

NUESTRA REBELDIA

Lo fuimos antes, lo somos hoy y lo seremos mañana. Y continuaremos siempre en continua rebeldía contra los enemigos de la Patria.

Cada cárcel honrada por nuestros camaradas fué un altar de la Patria, en donde se cantaba el himno de la Falange, que es juramento de morir y vivir por España.

Cada pedazo de tierra empapada con la sangre de nuestros mártires, era un vergel donde nacían capullos reventones llenos de armas purísimos para ofrendarlos a la Patria.

Cada falangista en las trincheras es y será un guerrero infatigable que luchará sin cesar y sabrá morir por la Patria.

Esa fué nuestra rebeldía. Es la de hoy y será la de mañana.

Y enemigo es de la Patria no sólo quien supo ultrajarla sino aquellos que con su cobardía y amores tibios permitieron fuese mancillada.

Que vayan a contar sus culpas y a llorar sus penas y desventuras al muro de las lamentaciones y dejen paso libre al amor de la juventud española, que ya está harta de cataplasmas y ensaladas rusas, y no permitirá que a su España querida vuelvan a hundirla en el fango y en la miseria.

Porque si a ello se opusieran, otra vez en las cárceles se levantarían altares de la Patria, y brotarían por las tierras de España nuevos capullos reventones que se regarían con sangre de nuestros camaradas, y una y mil veces que fuera preciso, empuñaríamos las armas contra los enemigos de España.

EL TRABAJO

Aquel que no trabaja no debe disfrutar de las recompensas del trabajo. No olvidemos que los padres del Catolicismo ya ennoblecieron con su ejemplo la ley del trabajo. San Pablo se alababa de haber trabajado con sus manos. Cuando San Bonifacio desembarcó en Bretaña, llevaba el Evangelio en una mano y en la otra la regla de carpintero.

C A M P O

La agricultura y la ganadería



Es absolutamente necesario sentar de una vez para siempre que de todas las riquezas nacionales son la agrícola y la ganadera las que por sí solas constituyen la base más firme del sostenimiento patrio, de las que una vez depende, en casi su totalidad, nuestro desarrollo y desenvolvimiento en relación directa con el desenvolvimiento agropecuario.

Siendo España eminentemente agrícola y ganadera por las condiciones naturales de suelo y clima, lo que permite, debido a la riqueza del primero y a la variedad del segundo, poder producir en nuestro suelo toda una gama de productos vegetales, desde los obtenidos junto a las regiones de las nevadas perpetuas hasta los producidos en las zonas cálidas, pasando, como es natural, por toda una serie intermedia, con condiciones mesológicas tales, que permitiéndonos obtener varias clases de productos agrícolas nos sea fácil, ayudados de la diversidad de nuestro clima, producir y obtener favorablemente una riqueza ganadera y una industria derivada que fuese el asombro del mundo entero.

Sería inútil buscar el engrandecimiento patrio en otras fuentes más prósperas por no reunir ninguna las condiciones tan favorables que son dispensadas a la agricultura y ganadería.

Por desgracia hay mucho que hacer. En la España que amanece, los que tuvimos la suerte de nacer en ella y sentirnos españoles, no podemos permanecer por más tiempo de brazos cruzados ante el triste espectáculo de ver cómo tiene que desprenderse España de muchos millones de pesetas de que somos tributarios al extranjero, ante la necesidad vergonzosa que hoy tenemos de importar productos que en España se pueden producir en mejores condiciones. Con esta apatía hay que terminar; no debemos resignarnos a tener que comprar a peso de oro productos agrícolas, cabezas de ganado, huevos, quesos, lanas, etcétera, muchas de las veces inferiores a las nacionales, pero cuya producción es sistemática nos obliga a esta importación y al pago de tanto tributo. España no puede, no debe continuar así.

¿Qué camino debemos de seguir? El camino no es más que uno, sintiéndonos todos españoles, una vez convencidos de que en España, en esta España inmortal que ha resistido y resiste los más duros combates de la

adversidad, podemos obtener no solamente los que demandan nuestras necesidades de consumo, sino que, aun superándolas, pueda invertirse la corriente de ese río de millones, al poder llevar a cabo con nuestros productos sobrantes la exportación a otros países, a otras naciones, que a pesar de su trabajo no les es posible obtener, de esta manera a los millones ahorrados se sumarían los que de beneficio puedan recibir las exportaciones de estos productos nacionales, suma que nos daría una cifra más que suficiente para que, pudiéndola dedicar a otras actividades, volvieran, como consecuencia, a ser España la que en otros lejanos tiempos fué.

Hay que empezar, sino por crear, sí por revivir el espíritu rural, el amor al campo, las aficiones ganaderas y de sus industrias de-

rivadas, hoy completamente extinguidas, de cuya causa no se puede culpar sino al abandono en que esta clase vive y al poco estímulo que siempre ha recibido por parte del Estado. De esta manera el agricultor y el ganadero no se resisten a vivir olvidados en un pueblo o medio rural, y tentados por los jornales ficticios y las distracciones que proporcionan la ciudad, emigran a ellas, abandonando en otras manos el pedazo de tierra que allí cultivaban o malvendiendo sus pocas cabezas de ganado, corren a la capital ilusionados, no consiguiendo otra cosa después de hacerse el poco ahorro que traían que intensificar el problema social del paro, aumentando la legión de los sin trabajo. Por todo lo expuesto, al agricultor y al ganadero, lejos de tenerlos olvidados, hay que llevarles a la tranquilidad de su espíritu la consideración que todas las restantes clases sociales les merecen, ya que a expensas de ellos viven, y, al mismo tiempo, hacer notoria la admiración que por ellos todos debemos sentir, por ser la clase más abnegada al tener que hacer su vida en un medio rural, lejos de las diversiones y los placeres de las ciudades permitidos a otra legión de obreros y profesionales, cuya actividad se desarrolla en ellas. Pero si al agricultor y al ganadero se les dispensan las atenciones y comedididades debidas que les permitan tener a cubierto sus menores necesidades entonces vivirán felices compartiendo en aquel ambiente estos dos grandes amores: el amor al campo, el amor a su industria ganadera y el de la familia que allí creó.

Hay que formar e instruirles en el mismo medio rural por los técnicos correspondientes, terminando con el empirismo de hacer las cosas porque así lo vieron de sus mayores. Si no en todos, sí en algunos pueblos se deberían fundar centros de enseñanza que, bajo el título de «escuelas de agricultura y ganadería», se encargasen de obtener el personal capacitado para mover estas dos grandes palancas de la riqueza nacional. En los pueblos que no funcionase esta escuela se estimularía el estudio de la agricultura y ganadería en las escuelas nacionales respectivas.

Hay que hacer pequeños propietarios agrícolas y ganaderos que al trabajar sus tierras y cuidar de sus ganados pongan en ello todo su entusiasmo, todos sus anhelos y todas sus esperanzas.

R. FERNANDEZ CUESTA

Capacidad Imperial y proletaria de Falange

... Nosotros decimos al proletario campesino, al humilde:

«Haces bien en luchar por salir de esa vida miserable que llevas, impropia de un ser humano; haces bien en querer transformar la sociedad; tienes derecho a gozar de todas las dulzuras que la existencia pueda proporcionar a los demás mortales; no hay razón para que el pasarte la vida bajo las tierras en las minas, bajo el sol en los campos, siendo sólo un número en la fábrica, todo ello por un mísero jornal, constituya la suprema razón de tu existencia, ya que ese mísero jornal impide no te mueras de una vez, aunque te mueras lentamente.»

Pero también decimos al obrero y al proletario:

«No te creas que tu condición de obrero te atribuye derechos superiores a los del resto de la sociedad; tus derechos nacen de que eres hombre y de que eres español, y como tal hombre y como tal español debes tener y mereces tener los mismos privilegios y ventajas que los demás hombres y los demás españoles, pero no más.»

«... Y cometes gravísimo pecado, mozo proletario y rebelde—pero al fin español—, al renegar de España; no de la España caduca y vieja que agoniza, sino de la España que nosotros hemos de contruir, una España fresca, jugosa, exuberante de vitalidad, que recorra de nuevo el camino ascendente de la gloria, que reivindique las tierras que son suyas y que la han arrebatao. Que demuestre de nuevo al mundo que su capacidad creadora no se ha acabado, y que está dispuesta a influir y regir sus destinos.»

Trabajadores del campo

La tierra es el depósito donde se guardan los grandes tesoros de la humanidad; está cerrado para los holgazanes y abierto a todo esfuerzo personal del trabajador.

Removiendo la tierra convenientemente circula el aire que lleva la vida a las plantas y al suelo de labor; y al trabajo del agricultor responden los elementos produciendo transformaciones que dan como resultado último abundancias de alimentos para los vegetales. El trabajador cristiano no debe olvidar que el hombre no vive solamente de pan; tiene alma inmortal que necesita nutrirse con alimento adecuado para conseguir el fin de su creación. En tiempos no lejanos a los nuestros los trabajadores suspendían a la

puesta del sol sus faenas para abrir con la fuerza de sus plegarias esta tierra santa que los católicos llamamos cielo.

Al toque del ANGELUS cada campo español era un templo y cada trabajador un sacerdote que, saludando a la Reina de los cielos, conseguía por su mediación que Dios hiciera fecunda la tierra ungida recientemente con su sudor.

No debe olvidarse una verdad fundamental del Cristianismo: en la producción el agente principal no es el que planta y el que riega: es el que da incremento a todas las cosas. DIOS.

ARRIBA ESPAÑA

ARRIBA EL CAMPO

U N I V E R S O

Bloqueo y beligerancia

No hay manera de explicarse la razón de la actitud de naciones que, como Inglaterra, han lardeado siempre de puritanismo en la conducta internacional. Es absurdo que, al cabo de quince meses de lucha, con su balance netamente favorable para la causa nacional, no se haya decidido Londres a reconocer la beligerancia de nuestro bando.

La única explicación plausible radica en el supuesto de intenciones no confesables sobre concesiones territoriales de puntos estratégicos, o en algún ofrecimiento de intereses que nunca sería compatible con la idea de nacionalidad e independencia.

Y decimos esto, porque no hay razón alguna de derecho internacional que abone el hecho de no haber reconocido el Gobierno de Franco. Precisamente, aun desde un punto de vista egoísta, podían pensar los ingleses que los extraordinarios gastos y quebraderos de cabeza resultantes del control y de las actuales patrullas se hubiesen desvanecido con el simple reconocimiento de beligerancia.

Los tratadistas más autorizados—citaremos a Bluntschli y Fiore—coinciden en que cuando un partido armado se organiza militarmente—ofreciendo con esta organización garantías suficientes de orden—y da testimonio con su conducta política de querer convertirse en Estado, tiene un derecho natural a ser tratado con arreglo a los mismos principios que un Estado ya existente, para lo cual es ineludible el reconocimiento de su condición de beligerante.

No hay siquiera que molestarse en intentar demostrar que la España nacional reúne los requisitos necesarios, pues basta una ligera comparación con la zona roja para comprender que si ésta constituye un Estado, aquélla, en perfecta lógica, debe ser considerada un super-Estado.

A este respecto son muy interesantes las declaraciones del señor Motta en el Gran Consejo Federal Suizo, afirmando que los súbditos suizos que han huido de localidades rojas, vuelven a ellas tan pronto son liberadas por nuestro Ejército, y que si los suizos residentes en territorio nacional no han sufrido la menor molestia ni despojo, no puede decirse lo mismo de los que habitaban en terrenos de Valencia.

Pero, volviendo a nuestra cuestión, la situación de Inglaterra es perfectamente turbia, ya que mientras por un lado se niega la beligerancia, por otro se admite un bloqueo de hecho, lo que es inconcebible si no existe aquella condición.

Además se da el caso peregrino de que, contra todas las normas internacionales, este bloqueo de hecho se reconoce en una forma inadmisiblemente. Para la Gran Bretaña el bloqueo sólo puede efectuarse dentro de las aguas territoriales—dentro de la versión inglesa de aguas territoriales—siendo así que todos los autores están conformes en que el bloqueo, por razón lógica de las defensas de la costa, se ejerce prácticamente en alta mar.

Así, en efecto, todos los tratadistas citados anteriormente reconocen el derecho de bloqueo a los beligerantes, como medio de privar al enemigo de las materias necesarias para su resistencia. Y aun autores contrarios al reconocimiento del bloqueo, por considerar que el desarrollo de las vías de comunicación lo hacen inefectivo—Dudley-Field—se inclinan a reconocer este derecho cuando por tratarse de puertos colocados en islas o en condiciones especialísimas se pueda, mediante el ejercicio del mismo, impedir la entrada o salida de productos. Y e n ambos casos se reconoce que no ha de limitarse a las costas y aguas territoriales, «casi siempre en poder del enemigo que ejerce su soberanía sobre los puertos de mar hasta donde alcanzan los cañones de las baterías», sino que «el de-

recho de bloqueo se practica en realidad en alta mar, donde se estacionan los buques encargados de vigilar la costa bloqueada».

Por consiguiente, la actitud inglesa es no ya política, sino jurídicamente poco correcta e insostenible y su impasibilidad ante el tiempo puede originar suspicacias y equívocos que hagan difícil una convivencia cordial y sincera en el porvenir, porque es lógico y humano que nuestras relaciones se han de mantener preferentemente con los pueblos que no evadiéndose de la realidad, han sabido comprender la importancia y el significado del nacionalsindicalismo frente a las situaciones indecisas y acomodaticias de aquellos otros que centran el universo alrededor de su egoísmo político y económico.

Alemania y las Colonias

En la actividad diplomática hay dos aspectos distintos. Uno es el derivado de problemas de momento que crean situaciones que requieren soluciones inmediatas, bien definitivas, bien provisionales. Es el caso del febril movimiento de Cancillerías resultante de los conflictos español y chinojaponés.

El otro aspecto es el de las relaciones normales, que no significan una rutina estancada, sino una actividad encaminada a resolver situaciones creadas por las necesidades ineludibles y el juego de atracción y repulsión de los Estados.

Dentro de este último caso encaja la demanda alemana de reivindicación colonial que, mientras se celebran conferencias y pactos de neutralidad, no intervención, beligerancia, etc. en España, Mediterráneo y Extremo Oriente, va trabajando de una manera lenta pero segura en los cerebros de los hombres de Estado.

El despojo de las colonias alemanas es otra de las consecuencias insostenibles del Tratado de Versalles. Pretendieron los aliados con aquel Tratado dejar a la nación alemana en condiciones tales que no pudiese volver a figurar en el rango de las grandes potencias. Francia, por temor a una «revancha» que la escamotease las adquisiciones territoriales de la Alsacia y la Lorena. Inglaterra, por miedo a un nuevo crecimiento industrial que representase la pérdida del dominio económico del mundo.

Pero, a pesar de las ataduras y las trabazones impuestas, es tan grande la vitalidad del pueblo alemán que, aun falto de las mejores zonas mineras, se ha recuperado industrial y militarmente de tal forma que si le animasen propósitos bélicos, constituiría un peligro mayor que nunca para la tranquilidad de Francia y del Imperio inglés.

Sin embargo, dentro de esta recuperación, tropieza Alemania con un grave inconveniente: la escasez de producción de materias primas y alimenticias y la dificultad de introducirse en los mercados de que, en los años de la Alemania débil de la post-guerra, se ha adueñado Gran Bretaña.

Por esto, una vez conseguida por el nacionalsocialismo la unidad interna y la puesta en punto del sistema productor, necesita el Reich conseguir una expansión territorial que dé salida al exceso de población y asegure la colocación de sus manufacturas y el aprovisionamiento de los mercados de alimentos.

En la proclama que el «führer» dió a la publicidad en el Congreso del Servicio de Trabajo, en Nuremberg, se hablaba ya de la dificultad que representaba el sostener una población de ciento treinta y seis habitantes

por kilómetro cuadrado, lo que sólo se podía conseguir con una disciplina de hierro, y se menciona ya de un modo definitivo como solución de este problema la incorporación al Imperio de las antiguas colonias alemanas.

Durante la visita de Mussolini a Berlín, se vuelve a insistir por Hitler en la demanda y últimamente, en la fiesta de la cosecha en Düsseldorf, se ha hablado aún más enérgicamente del asunto, reclamando la devolución de esas colonias que, según las actuales usufructuarias, no proporcionan más que cargas y no constituyen solución alguna a las dificultades de producción, lo que—dice el canciller—es una nueva razón para que las naciones que gozan del mandato sobre estas colonias, se apresuren a devolverlas para sacudirse la carga que representan.

Respecto a la pretensión, Francia no ha establecido aún su actitud. Inglaterra, por el contrario, está envuelta en dudas y vacilaciones, pues aunque oficialmente no se ha hecho declaración alguna, se va dibujando perfectamente la posición de las fuerzas políticas. El partido laborista, por concomitancias con los órganos marxistas del continente—a pesar de su pretendida independencia—se opone resueltamente a ello. Por su parte el bloque conservador, que en principio se inclinaba a acudir a la demanda alemana, alarmado sin duda por la estrecha solidaridad de Roma-Berlín, en una reciente reunión que ha comentado agriamente el secularmente tory «Manchester Guardian», ha decidido oponerse a la misma.

Por contra la Unión Sudafricana, que en los últimos tiempos ha sostenido una política ecléctica en los asuntos europeos, desarrolla una tendencia de concesión hasta el punto de que en la última Asamblea del partido nacionalista de Transval, se ha acordado elevar una propuesta al Parlamento de la Unión en el sentido de que se devuelvan a Alemania sus colonias del Africa Occidental.

Y, sin perder de vista que una rotunda negativa constituiría un peligro para la buena armonía en Europa, creemos que el Gobierno inglés se dejará influir por la realidad y por la política de los miembros del Imperio que, en definitiva, deben ser quienes marquen las directrices a seguir por la Gran Bretaña.

Mundo árabe

La población musulmana de los territorios que siempre han conservado un mayor fermento de peligro para la dominación Europea, es decir, los territorios más étnica y geográficamente árabes, el núcleo principal del antiguo Califato de Bagdad, se encuentra de nuevo revuelta por el absurdo proyecto inglés sobre Palestina.

Gran Bretaña, que siempre ha sentido una cierta debilidad por el elemento hebreo, a lo que en parte debe la relativa prosperidad financiera de que goza, pensó congraciarse definitivamente con la Banca judía mediante la creación del hogar de Palestina que recogiese los dispersos restos de la raza.

A este fin redactó, de acuerdo con la Sociedad de Naciones, un proyecto que dividía Palestina en tres zonas: hebrea, árabe e internacional.

Los árabes, que no se encontraban muy conformes con la creación del emporio judío de Tel-Aviv, ha comenzado inmediatamente una campaña de agitación que amenaza dar al traste con la legendaria flema anglosajona.

Hay que tener en cuenta que la solución dada a las pretensiones árabes en la Confe-

rencia de la Paz no estaba de acuerdo con las demandas árabes. Frente a la pretensión de constituir un Estado que abarcase Hedjaz, Siria, Mesopotamia y Palestina, bajo el mandato del Emir Faical, se acordó conceder a Inglaterra el mandato de Palestina, a Francia la zona de ingerencia de Beirut y costa de Siria y a los árabes Hedjaz y la Siria interior, incluido Damasco.

Posteriormente, tras proclamarse Faical Rey de Siria y Addullah Rey de Irak, se celebra la Conferencia de San Remo—1920—, obteniendo Francia el mandato total de Siria y Gran Bretaña los de Mesopotamia y Palestina, apresurándose el Gobierno francés a enviar fuerzas expedicionarias que, en breve tiempo, se apoderaron de Damasco, refugiándose Faical en Palestina y, una vez celebrada en El Cairo una Conferencia de funcionarios de Colonias, se le concedió el trono del Irak, supeditado a la firma de un Tratado con Inglaterra y al reconocimiento de la influencia de la Sociedad de Naciones.

Más tarde, una serie de guerras intestinas en Arabia, cambian la distribución política de aquellos reinos sin afectar fundamentalmente a los intereses británicos.

Sin embargo, no se logró contentar jamás a los árabes, que pretenden formar—como decíamos antes—un extenso reino que reanude los esplendores de la dinastía de los Abasidas.

Pero además es necesario observar que la agitación de los pueblos musulmanes no se limita a los países de influencia inglesa y francesa en tierras de Asia. Un fermento de tipo nacionalista, muy dudoso, se extiende por todo el norte de Africa, donde los incidentes que se producen a diario tienen un matiz francamente comunista.

No es extraño que la propaganda de Moscú pretenda sovietizar estas poblaciones, de un nivel de vida bajo y cuya especial situación geográfica, a lo largo de las más importantes rutas comerciales, representarían un gran peligro para occidente si Rusia consiguiese su propósito. Y no es extraño, porque a más de esta determinante estratégica, el aumento del influjo italiano sobre lo más puro de la raza, como se reveló en el viaje de Mussolini a Tripolitania, puede conducir a la formación de un bloque musulmán que pusiese en grave peligro a la política del Imperio inglés y a la consecución de las intenciones marxistas.

Más adaptable es, desde luego, el árabe al fascismo que al comunismo. La imaginación fantaseadora de este pueblo no puede nunca conducirlo a regímenes de tipo materialista. El perfil de Estado más adaptable a la idiosincrasia musulmana es el del Estado religioso. Pero religioso hasta el punto de que exista una verdadera integración de religión y política en todas las manifestaciones estatales.

A causa precisamente del elemento religioso que informa la vida toda de los creyentes, se establece una solidaridad entre todos los pueblos del Islam que, actualmente, se manifiesta en el apoyo que todos los mahometanos prestan a los árabes de Palestina.

Desgraciadamente, junto a la excitación lógica que produce reacciones y protestas en El Cairo, Arabia, Siria, Irak, etc., la obra del agitador ruso envenena con la nota del crimen estúpido la justa rebeldía del pueblo, que reclama los fueros de su independencia. Así el atentado contra varios funcionarios ingleses que costó la vida a dos de ellos y cuyo autor ha resultado ser un agente provocador comunista.

Sin embargo, los ingleses no dudaron en achacar este hecho a los nacionalistas árabes, hasta que el tiempo les ha sacado de su error. ¿Pensarán todavía que el bolcheviquismo es una teoría platónica que no abriga mira alguna de anexión sobre el vacilante Imperio, o es que todo el esfuerzo de Gran Bretaña se limita a imponerse por la fuerza contra las acaso razonables reivindicaciones de los musulmanes de Palestina?

Nosotros no queremos vegetar en el orden antiguo. Bajo él, España soportaba la humillación internacional, la desunión interna, la desgana de las empresas grandes, la incuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres.

Al lucero del alba

Hay gentes que parece han nacido predestinadas a no hacer nada práctico en su vida.

Son los neutros, los híbridos, los ambiguos, los que llamamos en lenguaje deslenguado «seres anónimos», «raza de mangantes», «desecho de tierra patria».

Hombres investidos de la autoridad de su vanidad, tienen su marco de acción en cafés, casinos, y en tiempos normales, en noches de picos pardos, sueltan su mundología por cabaretes de viejo estilo, donde se congregan los amantes del «arte».

Trasplantados a la estufa viviente de una capital provinciana forman la «alta sociedad», la «crema». No les veréis jamás en ningún acto de significación. Si en alguna ocasión, la capital, en fechas memorables conmemora el día de la Raza o el aniversario de un movimiento nacional, buscad a esos elementos en las tertulias cotidianas; y menos mal cuando no les oigáis criticar a los «plebeyos» que asisten.

Huyen del pueblo sano para no manchar su aureola de pulcritud. Cuando advino la República en España la trajo la clase media. Cuando el triunfo de las derechas, en el año 1933, fué la clase media la que se volcó en favor de un régimen moderado.

Más tarde, al alzarse España contra la barbarie y el bolchevismo, la misma clase media, la hidalga y sacrificada, tomó las armas y salió al campo.

Cuando en plena guerra se pide abnegación, desprendimiento y asistencia patria, vemos los mismos de siempre en los puestos de vanguardia.

En tanto los híbridos, los selectos, los aristócratas de provincias, los cursis, permanecen en sus posiciones de reclamo.

Pasa una Centuria por Segovia. Es la flor de la Falange de la provincia. Son los locos de Julio los que salvaron a los «barristas». Y nada... no vimos por ninguna parte a la «crema».

Fiesta de la Raza: Homenaje a los que la representan. Sigue la ausencia de esas mismas personas. En este caso la creo justificada. A una fiesta de «Hombres de una Raza» no deben asistir los que no son de ella.

Pero a pesar de todo, bueno es poner en claro quiénes son los buenos y los malos, porque en esta España cada cual tendrá el puesto merecido, y al pedir la hoja personal de servicios, el que la presente en blanco va a tener un porvenir muy negro.

Arriba España.

Normas de conducta para los militantes de F. E. T. y de las J. O. N.-S.

La Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N.-S. es una Orden militar. Los tres votos son: de Patriotismo, de Obediencia y de Espíritu de sacrificio. Se ingresa en ella voluntariamente, pero en ella no podrán convivir los tibios ni los transeuntes. Será inútil buscar en esta Orden una facilidad para exhibicionismo, ni una escalera para el encumbramiento, ni una diversión para los socios. Hacerse militante de la FALANGE es entregar todos los actos útiles de la vida para un servicio sagrado: el de España.

El militante nunca deberá actuar por iniciativa propia. Las órdenes de los jefes elevados al mando por méritos contrastados son siempre buenas, y desde luego mejores que las ocurrencias personales. Por tanto, únicamente servirá con perfección a sus ideales si cumple o transmite en todo momento y estrictamente las órdenes recibidas.

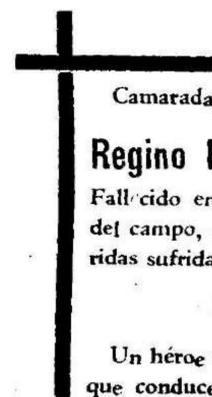
El valor es una cualidad tan imprescindible y propia del todo hombre íntegro y normal, como la honradez y la lealtad. Sólo alardean de valientes aquellos que no lo son. Ningún militante exhibirá espontáneas ostentaciones de valor, como ninguna persona decente frecuenta las manifestaciones verbales de honradez.

En los momentos precisos pondrá de manifiesto su valentía, con la misma seguridad, pero también con la misma sencillez, con que dejará—por ejemplo—de cometer trampas en el juego.

El militante, animado por la íntima satisfacción que nos produce el cumplimiento de los deberes y el servicio de los ideales, acometerá sus empresas con constancia y agilidad alegre y deportiva; pero en las actuaciones públicas, y muy especialmente en los actos de propaganda, sabrá revestirse de seriedad imperturbable.

Evitará las vociferaciones y aplausos que puedan confundir a las huestes de la FALANGE con los mercenarios grupos aduladores del estilo liberal. Y sólo levantará sus VIVAS cuando en un ambiente hostil o desconocido pueda interpretarse su silencio como falta de convicción o exceso de prudencia.

Si la provocación o agresión le obliga a emplear la fuerza, aquilatará en lo posible el modo de utilizarla: la violencia individual sólo se justifica si su ejecución puede acarrear un riesgo: cuando se trata de castigar un insulto, el militante impondrá la sanción rotunda e instantánea que evita la impunidad, pero nunca se ayudará para ello de la ventaja numérica ni abusará sañudamente de la superioridad física. Y sólo recurrirá a las armas cuando la defensa propia o la grave o peligrosa dificultad de la empresa, aconseje conminatoriamente a ello.



Camarada

Regino Muñoz Fernández

Fallecido en el Hospital de Medina del campo, a consecuencia de las heridas sufridas en Fresnedilla de Oliva

PRESENTE

Un héroe más caído en la ruta azul que conduce hacia el Imperio.

Rectitud, proyección vertical

Puede que no todos los que están lo sean. El tiempo aclarará lo que hoy llevamos como peso muerto.

Pretendemos ser los mejores, los más patriotas, los más españoles. Ello será tanto como decir los más justos.

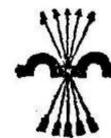
Los que crean que alistándose bajo nuestras banderas, están a cubierto, se equivocan. Sus lacras serán puestas a la radiante luz. ¡¡Ay de ellos!!

Vigilamos, en nuestros ficheros, estáis todos: buenos y malos. Estos pueden pasar por el Jordán purificador y llegar a nosotros limpios de espíritu.

Puede que sean luego los más queridos.

La Falange no rechaza a los hombres de buena voluntad. Lo que no quiere es a los pillos, a los cucos, a los farsantes.

En la Falange son verticales hasta las caídas.



F E

DOCTRINA NACIONAL SINDICALISTA



Imp. EL ADELANTADO, San Agustín, 7